

EL PERRO COJO

¡ENTRE! me dijo una voz, y entré.

La casa estaba amueblada con gran sencillez, pero había en ella una limpieza admirable. Una mujer de unos treinta años -la esposa del hombre que me había invitado-, en torno de quien se agrupaban tres niños, el mayor de los cuales podía tener nueve años, me acogió con una sonrisa encantadora.

-Una silla y un cubierto para este caballero -dijo el dueño de casa.

A los pocos momentos estaba sentado en medio de aquella buena familia, y el olor de una succulenta sopa aguzaba aún más mi apetito.

Después se sirvió otro plato y un pedazo de queso. Durante el almuerzo charlamos como buenos amigos. El perro había puesto su hocico sobre una de mis rodillas y me miraba con buenos ojos.

-¡Hermoso animal! -dije, acariciándolo-. Pero, ¿por qué cojea? Algún rival más fuerte que él...

-No, señor -interrumpió mi anfitrión- Lo herí yo, y me remuerde la conciencia.

-¿Por qué evocas esos recuerdos? -preguntó su mujer.

-Porque siempre conviene refrescar la memoria con el recuerdo de los hechos más importantes de la vida. El pensamiento de los tres hijos que ve Ud. ahí, debiera haberme hecho comprender que yo estaba en gravísimo error al faltar sin conciencia al cumplimiento de mis deberes. No me consideraba dichoso sino en compañía de mis amigos, de los cuales nunca me separaba. Gastábamos en la taberna todo el dinero que ganábamos. En vano lloraba mi mujer, y mis hijos carecían de todo lo necesario. Yo no me dedicaba para nada a ellos. Salía de casa al amanecer, y regresaba muy tarde en la noche, casi siempre borracho. La miseria y la desolación reinaban en mi hogar, por culpa mía. Mi perro solía mirarme con ojos impregnados de tristeza, como si tratara de censurar mi mala conducta. El pobre animal me seguía, y llegaba hasta las puertas de la taberna, donde pasaba yo la mayor parte del día.

"¡Calla! -me decían mis compañeros- ¡Ahí tienes a tu centinela! "Y yo corría tras del animalito, y lo echaba a puntapiés de allí. "Una tarde cuando mis camaradas y yo íbamos a comer, entró el perro en el comedor sin que nadie lo viera y, dando un brinco, cogió con la boca un pan entero con el cual emprendió precipitadamente la fuga. Me lancé furioso en su persecución, pero el animal corría con más velocidad que yo. Cogí una piedra, y se la arrojé con tal fuerza, que le rompí una pata. El perro dio un alarido de dolor; pero sin soltar la presa y sin menguar la marcha, prosiguió su camino en tres patas. Se dirigió a mi casa, a la que llegué yo diez minutos después. ¡Qué cuadro tan horrible se presentó ante mis ojos! Mis pobres hijos y mi mujer devoraban el pan, mientras el animalito los miraba, lamiéndose la pata lesionada.

"Yo estaba borracho, pero aquel cuadro disipó por completo mi embriaguez. Comprendí en un instante el error de mi mal proceder, y exclamé arrepentido: ¡Juana, Juana mía, perdóname! Besé llorando a mi mujer y a mis hijos, que, como no estaban acostumbrados a mis caricias, me miraban con asombro. También di un beso al perro, el cual, sin rencor alguno, me lamió las manos, estas manos que acababan de herirlo tan injustamente. Desde aquel día volví a la razón y renació en mi casa la felicidad perdida. "Después de mi mujer y de mis hijos, el ser a quien más quiero en el mundo es este inteligente animal que ve Ud. ahí".

Al terminar su sencillo relato, el leñador rodeó con sus brazos el cuello de aquel verdadero amigo y, mientras le daba un beso en la cabeza, vi rodar una lágrima por su mejilla.

Yo estaba profundamente conmovido, y le estreché la mano sin poder hablar, a causa de la emoción que me oprimía la garganta.

Me levanté, y después de haberle dado las gracias por la generosa acogida que me habían dispensado, saqué de mi bolsillo una moneda que dejé sobre la mesa.